



Conceptos clave en Paul Feyerabend

Key Concepts in Paul Feyerabend

Alejandro Villamor Iglesias 

IES de Sar, Santiago de Compostela, España
✉ alejandrovillamorignlesias@yahoo.es

Fecha de recepción del manuscrito: 29/02/2024

Fecha de aceptación del manuscrito: 13/05/2024

Fecha de publicación: 30/09/2024

Resumen — El presente texto tiene como fin introducir al lector los conceptos fundamentales de la epistemología anarquista de Paul Feyerabend. Para facilitar la tarea, el artículo se apoya esencialmente en el trabajo seminal del filósofo vienés *Contra el método*. Además, se han obviado tanto los mayores como los menores de las distintas teorías presentadas como las diversas polémicas relacionadas. No obstante, y a pesar de su naturaleza introductoria, el trabajo requiere por parte del lector de algunos conocimientos previos en filosofía de la ciencia.

Palabras clave — Feyerabend, filosofía de la ciencia, anarquismo epistemológico, contrainducción, inconmensurabilidad.

Abstract — The aim of this text is to introduce readers to the fundamental concepts of Paul Feyerabend's anarchist epistemology. To facilitate this, the article primarily draws on the Viennese philosopher's seminal work *Against Method*. Detailed discussions of the various theories and related controversies have been omitted for simplicity. Nevertheless, despite its introductory nature, the text requires readers to have some prior knowledge of the philosophy of science.

Keywords — Feyerabend, philosophy of science, epistemological anarchism, counterinduction, incommensurability.

Para Citar: Villamor Iglesias, A. (2024). Conceptos clave en Paul Feyerabend. *Dialektika: Revista De Investigación Filosófica Y Teoría Social*, 6(17), 92–101. <https://doi.org/10.51528/dk.vol6.id153>

1. LAS REGLAS EN LA CIENCIA

El filósofo Paul Feyerabend considera que es extremadamente nociva la pretensión de establecer unas reglas o estándares explícitos y fijos en lo que a la investigación científica respecta. Estos serían los elementos que, se suele considerar, constituyen la ciencia en su versión ideal, instanciada en la “ciencia del tercer mundo” popperiano. En las antípodas de la visión ingenua según la cual un “racimo de simples e ingenuas reglas” (Feyerabend, 1975, 7) pueden explicar la “red de interacciones” que componen la historia de la ciencia, Feyerabend sostiene una teoría epistemológica anarquista. Esto es, regida bajo el principio del “todo vale” (Feyerabend, 1975, 22). No existen ni unas reglas ni un método fijo por el que se rija el desarrollo científico. De hecho, “la ciencia como realmente la encontramos en la historia es una combinación de tales reglas y de error” (Feyerabend, 1975, 8-9). Por esto mismo se hace incluso necesario el abastecimiento de una “teoría del error” que reconozca el papel esencial que este ocupa como fenómeno histórico (Feyerabend, 1975, 9). Esta “teoría del error”, cabe aclarar, no deja de ser una suerte de “chismorreos” más que una teoría propiamente y que, asimismo, precisaría de una cierta experiencia previa en el quehacer científico.

La experiencia es sobremanera importante en la medida en que, más que una serie de reglas fijas, lo que se precisa es un obrar más o menos improvisado fruto de una “participación directa”. El aprendizaje no es otra cosa que la elección de una “determinada vía” en ningún caso exclusiva. Y es que según nuestro autor la “educación científica” tiende precisamente a inyectar una visión hartamente simplificadora de la ciencia cuyo proceso consiste en la “definición de un dominio de la investigación”, la “separación del resto de la historia”, la consecución de una “lógica propia” y el ulterior manejo o entrenamiento en la misma (Feyerabend, 1975, 12). El buen científico debería tener presente esto de tal modo que rehúse a sentirse cómodo con una metodología particular (Feyerabend, 1975, 10). Ningún método podrá simplificar hasta tal punto la actividad científica de modo que esta se reduzca a aquél; como la misma historia, una vez más, nos muestra prolijamente. La historia de la ciencia es un caos que no hay que temer (Feyerabend, 1975, 13), sino abordar con una amplitud de miras suficiente para considerarla en su heterogeneidad. Debe ser abordada “con una visión profunda de la función positiva tanto de la fuerza como de la debilidad, de la inteligencia como de la estupidez, del error a la verdad como de la voluntad de engañar, de la modestia como del orgullo, más que con los crudos y risiblemente inadecuados instrumentos del lógico” (Feyerabend, 1975, 11). Unos instrumentos de los que se servían los enfoques clásicos.

En consecuencia, acorde a Feyerabend, el propio desarrollo de la historia muestra que en ciencia no hay cabida para un conjunto de reglas o un método estático. Toda regla ha sido infringida en alguna ocasión (Feyerabend, 1975, 15). Lo cual, frente a lo que pudiera parecer, es sumamente “necesario para el progreso” (Feyerabend, 1975, 15). Incluso existen circunstancias, según Feyerabend, en las que no sólo es aconsejable ignorar ciertas reglas, sino que hay que adoptar sus opuestas como algo “razonable y absolutamente necesario para el desarrollo del conocimiento” (Feyerabend, 1975, 16). En cualquiera de los casos, el autor alzaría la voz incluso contra el dominio de la razón argumentativa, la cual puede llegar a convertirse en “obstáculo para el progreso” (Feyerabend, 1975, 16).



Siguiendo la estela de Kuhn (2006), Feyerabend aboga por la necesidad de “la propaganda coerción” (Feyerabend, 1975, 17) para la adopción de menos standards: “que intereses, fuerzas, propaganda y técnicas de lavado de cerebro juegan en el crecimiento de nuestro conocimiento y, a fortiori, de la ciencia un papel mucho mayor de lo que comúnmente se cree puede verse también a partir de un análisis de la relación entre idea y acción” (Feyerabend, 1975, 19). En pocas palabras, y tal y como sucede con los niños pequeños, “primeramente, tenemos una idea, o un problema; después actuamos, es decir, hablamos o construimos o destruimos” (Feyerabend, 1975, 19). Llevando a cabo una ruptura de las distinciones entre hecho/valor o contexto de descubrimiento/contexto de justificación, en definitiva, el autor sostiene que detrás de la elaboración de cada regla y método nos topamos con una situación vital subyacente de gran relevancia. Queda claro, pues, “que la idea de un método fijo, de una (teoría de la) racionalidad fija, surge de una visión del hombre y de su contorno social demasiado ingenua” (Feyerabend, 1975, 21). La práctica no se puede separar de la propia actividad científica ya que, al igual que sucede con los niños que aprenden un lenguaje, es esta, con toda su riqueza, la que posibilita una amplia comprensión de la misma.

2. LA CONTRAINDUCCIÓN

Una de las reglas *par excellance* de los enfoques clásicos afirmaba que el criterio último para la determinación del éxito de una teoría científica reside en la concordancia de esta con “los hechos”, “la experiencia” o los “resultados experimentales” (Feyerabend, 1975, 23). Así, aplicando lo dicho en algún momento precedente acerca de la necesidad de adoptar, en ciertos casos, la regla opuesta a otra determinada regla, se presenta la “contrainducción”; primeramente con teorías. Esta práctica, dice Feyerabend, debería ser tan común como la misma inducción. De lo que se trata en lo concerniente a la contrainducción de teorías es de pergeñar hipótesis que sean absolutamente inconsistentes. En este caso, con “teorías bien establecidas” (Feyerabend, 1975, 23). Es decir, además de proceder mediante inducción al modo que manifestamos un poco más arriba, Feyerabend propone este proceder, el contrainductivo (Feyerabend, 1975, 23). El quid del asunto reside en que “la evidencia relevante para la contrastación de una teoría T a menudo sólo puede ser sacada a la luz con la ayuda de otra teoría T' incompatible con T” (Feyerabend, 1975, 24). Junto a la introducción de esta contrainducción, nuestro filósofo también incorporará un “principio de proliferación”, que llegó a defender Mill, consistente en la elaboración de teorías inconsistentes con “puntos de vista comúnmente aceptados” (Feyerabend, 1975, 23). Aunque un punto de vista esté abisalmente confirmado y tenga una enorme aceptación, debemos insistir en la elaboración de teorías inconsistentes con él. Estos elementos se muestran necesarios no sólo para el desarrollo del conocimiento, sino también para el de la individualidad de los individuos, cuya educación se muestra generalmente coartiva con su creatividad.

En ningún caso una teoría científica va a concordar con meridiana exactitud con aquellos hechos considerados en su respectivo dominio (Feyerabend, 1975, 41). Ni aun cuando los procedimientos llevados a cabo consistan en “experimentos y medidas de la más alta precisión y fiabilidad” (Feyerabend, 1975, 41) se conseguirán salvar los desacuerdos, ora cuantitativos ora cualitativos.

Como su propio nombre parece delatar, los “desacuerdos numéricos” se producen cuando a partir de una determinada teoría se realiza una predicción que finalmente no concordará con los hechos (Feyerabend, 1975, 41). Casos de este jaez se encontrarían tanto en la teoría de la gravitación de Newton como en la teoría general de la relatividad einsteniana. Por supuesto, dentro de esta clase de desacuerdos están implicadas mediciones llevadas a cabo con instrumentos considerados de suma precisión. En el caso de los fallos cualitativos la inconsistencia se produce entre la teoría y ciertas circunstancias que son susceptibles de ser advertidas por todo el mundo y a través de sus propios sentidos (Feyerabend, 1975, 42). Un ejemplo de este tipo lo supone la teoría de los colores de Newton (Feyerabend, 1975, 43). En lo concerniente a este tipo de fallos Feyerabend señala algunas alternativas que pueden manejar los científicos: eliminar el error con una hipótesis ad hoc externa a la teoría pero que manténgala “autenticidad” de ésta, solucionando el desacuerdo teoría-hecho, olvidar el fallo o tenerlo presente, pero manteniéndolo en las teorías sin prestarle atención.

En definitiva, “dondequiera que miremos, siempre que tengamos un poso de paciencia y seleccionemos nuestra sin prejuicios, encontramos que las teorías fracasan en el empeño de reproducir adecuadamente ciertos resultados cuantitativos y son cualitativamente incompetentes en un grado sorprendente” (Feyerabend, 1975, 49). En virtud de esto aquella regla procedente de los enfoques clásicos que insta a rechazar cualquier teoría que entre en conflicto con la experiencia ha de ser, ella misma, rechazada (Feyerabend, 1975, 50). El hecho de admitir esta regla no tendría otra consecuencia que el rechazo de toda teoría y, por esto, debemos rechazarla aceptando la contrainducción, esto es, la postulación de hipótesis inconsistentes tanto con las teorías como con los hechos aceptados. El quid del asunto reside, con respecto a los hechos, en la tesis de la carga teórica de la observación a la que en cierta medida semeja aludir cuando afirma: “la impresión sensorial, por simple que sea, contiene siempre un componente que expresa la reacción del sujeto que percibe y que no tiene un correlato objetivo” (Feyerabend, 1975, 52), con respecto a una teoría asegura que “expresa un punto de vista subjetivo, mítico” (Feyerabend, 1975, 52). En vista de lo dicho, Feyerabend colige dos corolarios con respecto a la contrainducción: el primero es que esta es ya un hecho que forma profusamente parte de la historia de la ciencia y, además, es un “movimiento legítimo” sin el cual no podríamos hablar de un desarrollo del conocimiento científico (Feyerabend, 1975, 55). La contrainducción pone de este modo en jaque, críticamente, “los resultados observacionales más cuidadosamente establecidos” y “los principios teóricos más plausibles” (Feyerabend, 1975, 55). La contrainducción es el nuevo criterio que da valor o apuntala aquellos componentes más subjetivos que subyacen al desarrollo científico. La ciencia nunca podría haber sobrevivido sin ella.

3. LAS INTERPRETACIONES NATURALES

Para Feyerabend la sustitución de interpretaciones naturales puede llegar a hacer variar la experiencia. Es esto así hasta el punto de que gran parte de la intuición está cargada de estas interpretaciones naturales, que pueden llegar a ser metafísicas. El término interpretación es introducido del siguiente modo: “aquellas operaciones mentales que siguen tan de cerca a los sentidos y están tan firmemente conectados con sus reacciones, que es difícil conseguir una



separación. Considerando el origen y el efecto de tales operaciones, las llamaré interpretaciones naturales” (Feyerabend, 1975, 65). Se tratan estas, pues, de una especie de operaciones de nuestra mente que median de algún modo entre nuestras percepciones y los juicios que expresamos. La cuestión será que los informes observacionales relacionados con determinadas experiencias perceptivas con una gran apariencia de naturalidad pueden ponerse en cuestión. No tenemos por qué dar por asumidos ciertos informes observacionales por más que parezca que proceden de determinadas interpretaciones naturales.

El filósofo afirma que “no es posible ni siquiera parcialmente desenredar el manajo de interpretaciones naturales” (Feyerabend, 1975, 65). Frente a lo que pudiera parecer, se nos dice, la empresa no resulta tan sencilla tal que se puede simplificar a un análisis “uno tras otro” de los enunciados observacionales: “los conceptos, al igual que las percepciones, son ambiguos y dependen de las anteriores experiencias de la persona, de su educación, de las condiciones generales del medio” (Feyerabend, 1975, 66). Será precisamente por esto por lo que, quizás, no pocos autores desdeñaron en cierta manera estas interpretaciones al considerarlas “prejuicios que deben ser eliminados”; caso de Francis Bacon (Feyerabend, 1975, 61). Para Feyerabend esta dista de ser una opinión sensata ya que no podemos mantener seriamente la pretensión de eliminar las interpretaciones naturales como si fueran un impedimento en lo que a las percepciones sensoriales respecta. Las interpretaciones no son algo que formen parte, como recubriéndolas, de las percepciones sino, más bien, ejercen ellas mismas cierta condición de posibilidad de las mismas.

Otra visión de las mismas sería la kantiana en tanto presuposiciones a priori. Con todo, nuestro filósofo reconoce una tercera vía de la mano de Galileo, quien consideró que, si bien estas interpretaciones naturales son necesarias se tiene que determinar mediante “discusión crítica” cuales conservar y cuales reemplazar. Al parecer, para Galileo, “los sentidos por sí solos, sin la ayuda de la razón, no pueden darnos una descripción verdadera de la naturaleza. Lo que se necesita para llegar a esa descripción verdadera son “los [...] sentidos, *acompañados del razonamiento*” (Feyerabend, 1975, 61-62). La contrainducción pudiera ser el medio más eficaz para alcanzar a ver “los ingredientes ideológicos de nuestro conocimiento y, más especialmente, de nuestras observaciones” (Feyerabend, 1975, 67). El científico, en virtud de lo dicho, no tiene que desechar aquella teoría en la que no se produzca un ajuste simétrico con los hechos, sino que debe emplearla para, contrainductivamente, constatar los dichos ingredientes.

4. LAS HIPÓTESIS AD HOC

La posición general en torno a la cuestión de las “hipótesis ad hoc” ha sido tradicionalmente prístina: estas deben ser rechazadas en términos generales, aunque, siempre de manera harto puntual, se podrían llegar a emplear. A este respecto afirma Feyerabend: “hay circunstancias en las que es aconsejable introducir, elaborar y defender hipótesis ad hoc, o hipótesis que contradigan resultados experimentales bien establecidos y generalmente aceptados, o hipótesis cuyo contenido es menor que el de las alternativas existentes empíricamente adecuadas, o hipótesis autoinconsistentes, etcétera, etcétera” (Feyerabend, 1975, 16). El mismo Lakatos (1983) ya había

manifestado que el empleo de estas hipótesis no es perjudicial y ni siquiera está fuera de la historia de la ciencia (Feyerabend, 1975, 87). De hecho, sucede lo diametralmente opuesto: la “ad-hocidad” está presente a lo largo y ancho de la historia de la ciencia porque, precisamente, toda nueva idea es “por lo común”, ad hoc. Este carácter de “ad-hocidad” únicamente será dejado atrás gradualmente tras una continua etapa de perfeccionamiento (Feyerabend, 1975, 87).

De este modo, Feyerabend coincide con Lakatos en las virtudes y necesidad de estas hipótesis para el desarrollo científico. El ejemplo paradigmático propuesto es el del experimento de la torre de Galileo. Sorprendentemente, el propio Galileo llegó a proceder ad hoc al dejar atrás los principios de la física aristotélica para presentar aquellos de su nueva física. De lo que se trató es, básicamente, de presentar unos resultados que pudieran dar cuenta del experimento, que se correspondan con los resultados de este. Incluso, cualquiera que sea la situación (sea de defender una vieja o nueva teoría), la necesidad de la apelación a la “ad-hocidad” es imperiosa. Como vimos, lo es para la nueva teoría, como por ejemplo lo fue para la propuesta de Galileo, como también lo es para las viejas para poder mantenerse frente a los resultados o hechos que sean inconsistentes con ella (Feyerabend, 1975, 94). Ahora bien, Feyerabend ante estas dos posibilidades, cabe aclarar, mantiene la mayor preferencia por la “ad-hocidad” en las nuevas teorías por proporcionar un “sentimiento de libertad, estímulo y progreso” (Feyerabend, 1975, 96). En cualquier caso, “Galileo sí que empleó hipótesis ad hoc. Fue bueno que lo hiciera. Si no hubiera sido ad hoc en esta ocasión, habría sido ad hoc de todos modos, sólo que esta vez con respecto a una teoría más vieja” (Feyerabend, 1975, 95).

5. VALORACIÓN DEL RACIONALISMO CRÍTICO DE POPPER

La primera reflexión que realiza Feyerabend en torno al racionalismo crítico popperiano será para establecer una disyunción acerca de la naturaleza de la misma: o bien este es “una idea con significado, o es una colección de slogans” (Feyerabend, 1975, 104). En el caso de la primera posibilidad, si fuera cierta, se podría, dice Feyerabend, aportar toda una serie de reglas o standards que nos sirvieran para discernir el “comportamiento crítico” del no crítico. Es decir, los aquellos standards que son considerados racionales en la escuela popperiana (Feyerabend, 1975, 105). El primero de los standards que considera Feyerabend es la “discusión racional” (Feyerabend, 1975, 105). De lo que se trataría según este punto es de atacar a la teoría que sea por todos los medios. Bajo ningún concepto el científico se ha de preocupar de alcanzar modos de demostrar o hacer de alguna forma más probable una teoría científica. Y es que, podemos ver, he aquí la razón por la que Popper critica la imagen del científico durante la fase de investigación científica normal, tal y como la había presentado Kuhn en 1962. En las propias palabras del autor: “Desarrollad vuestras ideas para que puedan ser criticadas; atacadlas sin descanso, no intentéis protegerlas, sino exhibir sus puntos débiles, y eliminadlas tan pronto como esos puntos débiles se hayan hecho manifiestos: éstas son algunas de las reglas dadas por nuestros racionalistas críticos” (Feyerabend, 1975, 105).

A continuación, la vista del filósofo se dirige a las ciencias naturales para asegurar que, en lo que concierne a estas, el racionalismo crítico popperiano se topa ligado con el experimento y con la



observación. En la línea de lo que venimos diciendo, el conjunto de todos aquellos enunciados que son de forma potencial falsadores es, se considera, el de los elementos determinantes de la teoría que sea. A mayor aumento del contenido de una teoría se sigue, por ende, que existe un mayor riesgo de falsación de la misma: “El contenido de una teoría consiste en la suma total de aquellos enunciados básicos que la contradicen, esto es, la clase de sus falsadores potenciales. Aumento del contenido significa aumento de vulnerabilidad; de aquí que teorías de contenido amplio hayan de preferirse a teorías de pequeño contenido” (Feyerabend, 1975, 105). Además, y al contrario de lo que manifestó Feyerabend en momentos precedentes, para la escuela popperiana en el mismo momento en que un enunciado básico, observacional, entre en contradicción con una teoría, esta debe ser inmediatamente desechada, eliminada, en vista de que no se admite la posibilidad de hipótesis ad hoc (Feyerabend, 1975, 106).

En definitiva, el desarrollo científico se desenvolvería según Popper de la siguiente manera: “la investigación empieza con un problema” que es “resultado de un conflicto entre una expectativa y una observación” (Feyerabend, 1975, 107). Previa formulación del problema que sea este se tratará de afrontar a través de una teoría que, en todo caso, debe ser falsable pero no, como es de sentido común, falsada. Una vez adoptada la teoría los científicos se han de encargar de su crítica, esto es, del intento de falsarla. En caso de que estos ataques tengan éxito, la teoría será falsada, y en consecuencia eliminada. En este punto pueden surgir dos problemas: tratar de explicar, primeramente, el éxito que tuvo la teoría hasta el momento de su falsación y desarrollar una nueva teoría (Feyerabend, 1975, 108). Asimismo, aquella teoría que se proponga como candidata para la sustitución de la teoría falsada debe cumplir tres requisitos: debe producir todas y cada una de las consecuencias válidas proporcionadas por la anterior teoría, debe superar los motivos de falsación de esta y, además, debe aportar nuevas consecuencias válidas, por ejemplo en forma de predicciones, que no proporcionaba la anterior.

Realizada la exposición Feyerabend se plantea críticamente este esquema popperiano. El vienes se pregunta si es deseable vivir de acuerdo con este racionalismo y si, de facto, este es compatible con la ciencia (Feyerabend, 1975, 109). La respuesta es negativa en ambos casos. La negativa a la primera cuestión surge por la necesidad de alcanzar una ciencia “más anarquista y subjetiva” (Feyerabend, 1975, 110), podemos entender, que de una mayor libertad creativa a los científicos. Con respecto a la segunda cuestión, la respuesta negativa se mantendrá en la medida en que, de hecho, el desarrollo de la ciencia actual no se reduce ni mucho menos a los criterios de falsación perfeccionados por Popper, a su “no adhocidad” y su máxima contrastabilidad: “un “falsacionismo ingenuo” como lo llama Imre Lakatos, combinado con la exigencia de contrastabilidad máxima y “no-adhocidad” destruiría por completo la ciencia como la conocemos y nunca la habría permitido empezar” (Feyerabend, 1975, 111). No obstante, y siguiendo a Lakatos, Feyerabend consideraría que en el fondo Popper no mantiene la aplicación de su propuesta a rajatabla, sino que, más bien, se trataría de una suerte de “ornamento verbal” con un carácter movable a la hora de guiar la labor científica. Además, el autor de *Contra el método* considera ingenua la propuesta popperiana de que la ciencia se trata de una actividad racional de constante acercamiento a una Verdad final. Es ingenuo sostener que podemos determinar cuál de dos teorías está más cercana a la verdad ponderando el contenido de verdad y falsedad entre ambas. En definitiva, Popper, al

igual que Lakatos, “afirman el carácter racional de toda la ciencia” (Feyerabend, 1975, 116) de tal modo que aquellos rasgos que se consideren irracionales de la ciencia sólo suceden o bien en el mundo material o en el mental, mas no en el tercer mundo ideal platónico-popperiano (Feyerabend, 1975, 116).

Para Feyerabend la ciencia sólo tiene lugar en el mundo material y del pensamiento psicológico, no en ningún tercer mundo objetivo. Concluye nuestro autor, “no hay necesidad de argüir que la ciencia tal como la conocemos puede diferir de su sombra en el tercer mundo precisamente en aquellos respectos que hacen posible el progreso. Porque el modelo popperiano de acercamiento a la verdad se viene abajo aún si nos limitamos enteramente a las ideas. Se viene abajo porque existen teorías inconmensurables” (Feyerabend, 1975, 117).

6. CONSECUENCIAS DE LA TESIS DE LA INCONMENSURABILIDAD

Tal y como sucede en caso de Kuhn, Feyerabend considera que la inconmensurabilidad es la relación que podemos predicar entre dos teorías científicas distanciadas por un fenómeno como una revolución científica. Cada teoría implica una determinada “visión del mundo” particular e intransferible tal que “las condiciones formales para ser una sucesora adecuada de una teoría refutada [...] no pueden ser satisfechas en el caso de la relatividad contra la física clásica, y el esquema popperiano de progreso se hunde” (Feyerabend, 1975, 120). A diferentes teorías nos encontramos con diferentes cosmologías que interpretan el mundo “como un todo” (Feyerabend, 1975, 121); caso de la teoría de la relatividad, de la teoría cuántica o de la teoría heliocéntrica. Cada una de estas comporta un determinado sistema lingüístico-conceptual o perceptivo no compartible por otras hasta el punto de que “las observaciones que se interpretan en términos de una nueva teoría ya no pueden ser utilizadas para refutar esa teoría” (Feyerabend, 1975, 121). En última instancia, nos recuerda Feyerabend con un cierto resabio al Kuhn de 1962, la comparación entre teorías que se encuentran mediadas por algo así como una revolución científica será una cuestión de gusto, sea de juicios estéticos o, por ejemplo, de deseos exclusivamente subjetivos (Feyerabend, 1975, 133).

Por otra parte, los neopositivistas defendieron la conexión entre el lenguaje teórico y observacional de una teoría apoyándose en medios diversos, como, por ejemplo, las reglas de correspondencia. Así, es posible, según ellos, alcanzar un lenguaje observacional neutro, aséptico, apromblemático, que sirva de comparación entre teorías. Lejos de esta pretensión, Feyerabend asume la tesis de la carga teórica de la observación presentada por Hanson (1977) basándose en esencial en estudios realizados por Piaget acerca de la evolución de los niños en su percepción (Feyerabend, 1975, 125). La observación no es separable como pretendían los neopositivistas de la teoría. Esta última se encuentra indisolublemente amalgamada a la primera tal que esta determina a aquella. Así, y de hecho, la prioridad dada previamente al lenguaje observacional debe cambiar de bando al entender que la teoría determina la observación. Llegará a decir el autor con respecto a los lenguajes observacionales que “la elección se basa en la pura popularidad” (Feyerabend, 1975, 129).



Feyerabend también analiza, bajo la luz de su propuesta, a los experimentos cruciales. Si por *experimentum crucis* entendemos aquel experimento capaz de determinar cuál de dos hipótesis debemos rechazar y cuál debemos asumir, entonces dada la tesis que acabamos de exponer esto no es posible. Esto es, según ciertos autores, la existencia de ciertos experimentos nos permitiría poner fin a una situación de inconmensurabilidad al confirmar una teoría en detrimento de otra. Para Feyerabend esto no es posible puesto que todo experimento será siempre interpretado en virtud de un aparato conceptual particular, de una teoría concreta. Por esto mismo, si tenemos dos teorías, A y B, y según un experimento crucial A queda refutada y B confirmada, el problema se situará en que el resultado de esto variará según el sistema conceptual que adoptemos. Si es interpretado según A, el resultado variará: “¿Por qué habría de ser necesario poseer una terminología que nos permita decir que es el mismo experimento el que confirma una teoría y refuta la otra?” (Feyerabend, 1975, 129). La cuestión estriba, pues, en que la inexistencia de un lenguaje neutro impide la neutralidad que exigiría la posibilidad del experimento crucial. Lo cual nos conduce, finalmente, a la cuestión de la reducción interteórica.

Aquellos que defienden la reducción interteórica niegan la inconmensurabilidad entre teorías, pues, afirman, existe una continuidad conceptual entre las mismas, al menos en algunos aspectos. El ejemplo presentado por Feyerabend es el siguiente: “La relatividad se supone que explica las partes válidas de la física clásica; ¿de aquí que no pueda ser inconmensurable con ella!” (Feyerabend, 1975, 132). Para Feyerabend la respuesta ciertamente trivial a este supuesto ataque contra la inconmensurabilidad reside en que todo lo que cabe pedirle a una teoría es que dé una “respuesta correcta del mundo, es decir, de la totalidad de los hechos vistos a través de sus propios conceptos” (Feyerabend, 1975, 132). Para que una teoría pueda llevar a cabo esta empresa no es ni mucho menos necesario que esta mantenga una suerte de continuidad entre conceptos con una teoría previa. De hecho, no sucede así pues ambas teorías son mutuamente inconmensurables. Cada elemento de cada teoría cobra pleno sentido en el seno de la misma, quedando huérfano de este en el momento en que se intenta aplicar en terreno ajeno.



REFERENCIAS

- Feyerabend, P. (1975) *Contra el método: Esquema de una teoría anarquista del conocimiento*, Barcelona, Ariel.
- Hanson, N. R. (1977) *Patrones de descubrimiento: observación y explicación*, Madrid, Alianza.
- Kuhn, T. (2006) *La estructura de las revoluciones científicas*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Lakatos, I. (1983) *La metodología de los programas de investigación científica*, Madrid, Alianza.